

# REFLEXIONES SOBRE LA VIDA Y EL SER VIVO

## REFLECTIONS ABOUT LIFE AND THE LIVING BEING

Andrés GALERA\*

*Instituto de Historia. CCHS. CSIC.*

RESUMEN: En términos evolutivos, la vida es, simplemente, una manifestación particular de la materia expresada en forma de organismos variantes durante una secuencia temporal inmemorial. El ser vivo la representa y continúa desde aquel pasado remoto hacia un futuro ignorado. El conjunto se denomina naturaleza. Frente a la vida, la muerte constituye una etapa necesaria para que el proceso biológico siga su curso expresando nuevas formas y acontecimientos. En este contexto, avanzamos una reflexión que busca dar sentido al concepto de individuo como manifestación real de la vida frente al valor colectivo de una naturaleza abstracta.

PALABRAS CLAVE: Concepto de vida, evolución, naturaleza, ser vivo.

ABSTRACT: From an evolutionary point of view, life is simply a particular manifestation of matter expressed as organisms that change form in the timeline of earth. Living beings represent and continue it from a remote past into an unknown future. The whole is called nature. Contrary to life, death constitutes a necessary stage for the biological process continues to take its course and express new forms and events. In this context, our reflection searches to make sense of the concept of the individual as a real fact of life compared to the collective value of abstract nature.

KEYWORDS: Concept of life, evolution, living being, nature.

---

\* Profesor de Investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Historia, Centro de Ciencias Humanas y Sociales. c/Albasanz 26-28; 28037-Madrid. Proyecto : AmerMad H2019/HUM-5694 E-Mail: andres.galera@cchs.csic.es

La vida, su manifestación terrenal, es el principal secreto de la naturaleza. Un misterio cosido a la historia del hombre. Anhelamos desvelarlo, pero su huidiza identidad se escurre por las rendijas del saber. Conocemos multitud de las identidades con las que se manifiesta. Explicamos con cierta solvencia su funcionar bioquímico. Perdemos el norte al interiorizarla. Palpitante y ancestral, el tema ha experimentado una profunda transformación desde el inicial y duradero significado religioso –ejemplarizado sobremanera por el idílico Paraíso–, hasta el revolucionario programa materialista denominado teoría de la evolución. Razones tiene Giorgio Agamben para concluir que en nuestra cultura la *vida* parece ser algo indefinible que necesita ser *articulado* y *dividido* continuamente. Versión concertada en modo sociológico del polifacético, y naturalístico, *vivir* aristotélico. Este *vivir* responde a múltiples operaciones –intelectuales, sensitivas, motoras– que lo identifican autónomamente. Con Aristóteles resulta evidente la imposibilidad de retroceder indefinidamente en el tiempo buscando la causa material de la vida. Obligatoriamente hay un principio. Resolviendo el intríngulis recurrimos al *ser necesario*. Para explicar lo inexplicable reducimos el origen del cosmos a un prodigio inicial. Así, condicionada por la teología, la naturaleza es un cuerpo incorrupto. Escenario y actores permanecen inalterables. Sencillamente, las cosas representan lo que vemos, sin ambages, dobleces, ni cautelas. La besuqueada rana del cuento jamás mutará en príncipe; será, fue y es, el resbaladizo batracio de ojos saltones conocido por todos. Pero nada dura eternamente. Transcurridos dieciocho siglos de la era cristiana la semilla de la discordia se esparce por el mundo. Los sabios aplican la teoría de la evolución para justificar la multitud de cuerpos diferentes otrora señores de la vida terrenal. *La vida es prisionera de su representación*, escribimos amparados en la elegante prosa de Antonio Tabucchi. Realidad adaptada al instante que le tocó vivir. Un ejército fantasmal de animales y vegetales sepultos hace millones de años emerge de la tierra componiendo una retahíla sin fin. Pero la evolución no las tiene todas consigo. Sobran preguntas. Faltan respuestas. La casual cadena *de mutaciones y desarrollos* revelada por la ciencia es insuficiente. El proceso demanda una causa primera, y el genuino evolucionista Charles Darwin arrojó la toalla admitiendo que definir la historia de los seres vivos mediante una secuencia filogenética concuerda adecuadamente con las leyes y propiedades atribuidas por el *Creador* a la materia. Acudir a la religión como principio genésico es un recurso humano necesario para explicar acontecimientos incomprensibles. Las respuestas que la ciencia ignora las vocea la religión, como diría el acientífico académico francés Ferdinand Brunetière. El acto de fe evolucionista tiene truco, consiste en admitir una deidad responsable de la creación, sí, pero ajena al desarrollo posterior. En consecuencia, cuanto más indiferenciado sea el punto de partida mayor independencia tendrá el

conjunto natural. Materia y leyes, el orden de las cosas que gobierna el universo físico, comparten los prolegómenos atribuibles a Dios en un sistema, todavía, biológicamente indefinido. Y cuando surge, la vida lo hace convertida en una categoría singular de esta materia constreñida por una fenomenología meramente físico-química. Así, modelados fortuitamente, animales y plantas provienen de sus iguales estableciéndose un nexo eterno. Practicando este pensar materialista escribimos que la vida es un estado transitorio de la materia inorgánica, a donde revierte con la muerte individual. En la definición asumimos la idea desarrollada por D'Arcy Thompson de caracterizar el problema acentuando las semejanzas entre orgánico e inorgánico. Conceptualmente, la vida es un problema fácilmente resoluble aplicando el criterio de los fenómenos universales. La regla es simple y su utilización generalizada. Consiste en justificar «lo visible complicado mediante lo invisible sencillo», según la doctrina del físico Jean Perrin, premio Nobel el año 1926. Tal es la intención de Erwin Schrödinger cuando se pregunta *What is life?* en un consabido libro de los años cuarenta. Leyendo *¿Qué es la vida?*, se aprende que la cotidiana, repetida y dispar, expresión de lo vivo es un acto de rebeldía contra el omnipresente segundo principio de la termodinámica: la deletérea entropía. En resumidas cuentas, vivir es ir contra corriente oponiéndose a la tendencia natural de la materia a ordenarse según la insustancial inercia del no ser. Se vive para y mientras se logre mantenerlo, y en esta capacidad radica la diferencia con lo inanimado. Visto lo cual, sentimos la tentación de afirmar que la vida es un lúcido desatino.

La vida es lo opuesto de la muerte leemos en la *Enciclopedia* impresa hace más de dos siglos por los célebres D'Alembert y Diderot. La sentencia destila pesimismo, anuncia el camino sin retorno hacia la inevitable destrucción orgánica término de toda existencia terrenal. La cuestión es simple, directa, la vida es mortal. Vivir implica morir. Basta con mirar a nuestro alrededor para comprender que vida y muerte –frágil y efímera aquella, segura y sempiterna su compañera–, fluyen entrelazadas sin disimulo. Mientras sobreviene el desenlace, pasan los días, se acumulan años y décadas, atesoramos experiencia. El individuo es tiempo, materia y, especialmente, información –no solo genómica–. Las manecillas del *bioreloj* giran sin pausa marcando el progresivo deterioro de la materia corporal cuya existencia cronometra. Las agujas avanzan inexorables desde la génesis hasta la muerte y, durante el transcurso, la sustancia compone la geométrica corporeidad individual ajustada a un código informativo motor de una incesante actividad vital. Como fenómeno, la vida tiene sentido dentro de las coordenadas bioquímicas que la caracterizan. No precisa de otra singularidad. Bajo esta condición, el ser vivo es solo una extravagante manifestación de lo

inerte conducido por la obligada rutina de la supervivencia, expandiéndose por donde y cuando Dios quiera; o bien, por donde y cuando la casualidad permita su adaptación al medio obteniendo la energía imprescindible para sobrevivir y multiplicarse. Según el pensar de cada cual. Si lo tiene. Simultáneamente, reconocido el acto como sujeto animado, vivir expresa un sentido propio siempre que las facultades sensoriales e intelectivas lo permitan. Cualquier organismo puede hallar una razón de ser para su estado terrenal si intelectualmente está capacitado y siente la voluntad de hacerlo. Atrapado en la encrucijada de ser algo, el hombre formula preguntas intemporales sobre la vida: ¿cómo?, ¿por qué?, ¿para qué?, ¿hacia dónde?, ¿hasta cuándo? Interrogantes que en abstracto repiten la misma cantinela: vivir consiste en llenar de contenido el tiempo correspondiente. Podemos compartir experiencias, apoyarnos en el colectivo, pero la respuesta es personal, unilateral, aunque nadie está obligado a afrontar su realidad. Mirar hacia otro lado, limitarse a vivir, es una opción tan válida como necesaria. En caso contrario, debemos emplear la mente para discurrir entre ser un juguete del creador o una muestra más del azaroso proceso que, sin propósito alguno, espontáneamente, ha poblado el planeta de seres vivos durante tropecientos millones de años. Con fundamento o sin él, todo ocurre en un tiempo. Antes y después no hay nada, al menos tal y como entendemos el mundo habitado. Se acabó el tiempo. La vida transformó la materia inerte y la muerte devuelve a la sustancia orgánica su banal normalidad componiendo un ciclo recurrente. La muerte, escribe Jean Grondin, «nos priva del ser que somos». Atenta contra el gusto por la vida, sugerimos. Circunstancia que, cuando menos, incomoda al hombre obligándole a superar el desafío que supone dar sentido al perenne vacío anunciado por la parca. Definir al ser humano como un animal que mira al cielo es una simpleza no carente de utilidad. Vigilancia perpetua correspondida por la continua tarea de contar estrellas, planetas, galaxias, de comprender la física de un medio contrario a su anatomía, de fantasear lo imposible mirando ensimismado la mudable sonrisa de la Luna. También, anhelante contemplación del cielo con la esperanza de superar la decepción de ser mortal. Arropados por la infinitud del espacio se puede soñar con Dios y hallar consuelo al paulatino proceso de morir viviendo. En esta búsqueda de lo divino, el filósofo Kant aconseja no mezclar churras con merinas –ovejas se entiende–, no confundir teleología con teología, y deducir de la existencia de una naturaleza finalista, orientada hacia un propósito, la presencia de un *autor* universal. Sabemos lo que sabemos, nada más, y dictaminar la existencia de un *creador* como causa del mundo responde a un acto subjetivo inherente a *la raza humana*; que sepamos. Dios, bajo todos sus nombres, es un concepto antropológico necesario, obligado, a la hora de cuadrar el círculo natural sorteando las limitaciones y requisitos de la razón. Atrapado

en el intrínquilis del más allá el género humano mantiene una doble función: la de sujeto tangible nacido de la animalidad precedente, junto a la entidad sensible responsable de la inefable incógnita del no existir. Contexto ambivalente, desconcertante frente a la muerte, que conlleva dos actitudes fundamentales: una, aceptar la certeza de perecer como la propiedad natural que es; otra, buscar una prolongación a la materia inventando una dimensión espiritual donde el *alma* reemplaza a la persona, a modo de eterna imagen especular liberada de la pesada carga de manifestarse a ambos lados del espejo. No hace falta ser un lince para comprender que, si ocurre, la presencia etérea será ajena a la corporeidad terrenal, pero hallamos consuelo en la permanencia sea como fuere. Precisamos, pues, de una deidad no tanto para ordenar la naturaleza como para superar las barreras físicas que regulan su funcionamiento. Paradójicamente, necesitamos a Dios mientras vivimos, después, ocurrido el deceso, convertidos en inconsciente materia inerte, Dios es impensable, innecesario. Pero, como cavila Agustina Bessa-Luís, no porque Dios resulte una ficción del espíritu podemos conferir que no es auténtico. Procede de nuestra cultura.

Todos los caminos conducen a Roma igual que la vida conduce a la muerte. No hay duda, explica Jean Grondín repitiendo a Martin Heidegger, la vida es «una carrera hacia la muerte». Competición que afecta a todos de distinta manera con igual resultado: cruzar la meta. La funesta sentencia resume un patrón biológico de producción y destrucción natural donde los organismos son reemplazados continuamente. La muerte es una circunstancia de la vida, remediada por la capacidad generativa de los individuos que prolongan la existencia del grupo generación tras generación. Colectivamente, el valor terminal de morir disminuye pasando a ser una consecuencia necesaria. Integrado en la comunidad, el verbo diluye su sentido exterminador, deja de ser un mero inconveniente convertido en una solución al problema básico de la función vida: la imprescindible circulación de materia e información necesarias para subsistir y diversificarse indefinidamente. La muerte es un mecanismo regulador de la actividad vital de los ecosistemas en más de un sentido. Cuando el físico inglés Freeman J. Dyson analiza el tema del origen de la materia viva argumentando que la «vida tuvo que inventar la muerte para evolucionar», el acento recae sobre la fuente de diversidad incorporada al sistema mediante la actuación conjunta de la génesis y la destrucción orgánica. El continuado proceder reconstruyendo lo viviente (multiplicación y reproducción) desarrollado en los seres vivos como alternativa a la muerte, proporciona a las sucesivas generaciones reorganizaciones informativas capaces de aportar al grupo nuevas posibilidades adaptativas. O, simplemente, permite el desarrollo de formas relegadas dentro de un conjunto

de seres vivos. Plasticidad morfológica que puede, y pudo, resultar crucial en procesos como el origen de la vida, la extinción y la formación de especies. Las variantes son múltiples en un universo casual cuyas circunstancias se manifiestan solo porque pueden hacerlo, porque pertenecen al rango de las propiedades que definen la materia. Paradójicamente, morir conduce a vivir de otra manera. Finitizadas las historias particulares, la vida renace con propuestas diferentes que hilvanan un universo formal sucesorio y cambiante, suma de tiempos, espacios y circunstancias subjetivas, dibujando un movimiento continuo. Solución grupal insatisfactoria para una humanidad que anhela perpetuarse individualmente olvidando fácilmente que alcanzó su realidad mediante esta manera de proceder; olvidando que, ayer vivos, hoy muertos, nos mimetizamos con la naturaleza formando realidades transitorias propias del trayecto recorrido por el hombre en su anunciado vivir para morir. O viceversa.

Concluimos. Meditar sobre la vida es un ejercicio necesario para percibir el existir y su desenlace. Realidad sofocante entendida como obligada supervivencia hasta el arribo. Final que afrontamos como intérpretes o espectadores. En un caso desaparecemos. En el segundo podemos revivir mentalmente al otro continuando el recorrido esperanzados en un renacer diario que mitiga la ausencia.

## Bibliografía

- AGAMBEN, Giorgio (2005). *Lo abierto. El hombre y el animal*. Valencia: Pre-Textos.
- ARISTÓTELES (1978). *Acerca del alma*. Madrid: Gredos.
- ARISTÓTELES (1988). *Metafísica*. Madrid: Espasa-Calpe.
- BESSA-LUÍS, Agustina (2000). *Contemplación cariñosa de la angustia*. Valladolid: Cuatro ediciones.
- BRUNETIÈRE, Ferdinand (1895). *La science et la religion*. Paris: Firmin-Didot.
- DARWIN, Charles (1859). *On the origin of species by means of natural selection*. London: Murray.
- DIDEROT, Denis; D'ALEMBERT, Jean R. (1751-1765). *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*. Neuchâtel: S. Faulche.

- DYSON, Freeman J. (1999). *Los orígenes de la vida*. Madrid: Cambridge Univ. Press.
- GRONDIN, Jean (2005). *Del sentido de la vida*. Barcelona: Herder.
- KANT, Immanuel (1977). *Crítica del juicio*. Madrid: Espasa-Calpe.
- PERRIN, Jean (1914). *Les atoms*. Paris: Alcan.
- SCHRÖDINGER, Erwin (1944). *What is life? The physical aspect of the living cell*, Cambridge: Cambridge University Press.
- TABUCCHI, Antonio (2001). *Si sta facendo sempre piu tardi*. Milano: Feltrinelli.
- THOMPSON, D'Arcy W. (1961). *On Growth and Form*. Cambridge: Cambridge University Press.

Recibido: 2/11/2020

Aceptado: 13/11/2020



ENDOXA está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional